



EL PATRIARCA ALEXIS, ¿UN PATRIARCA SOVIETICO?

El lunes 20 de abril se celebró con gran solemnidad en la Catedral de Moscú un funeral por el patriarca de Moscú y de todas las Rusias, que tres días antes acababa de fallecer a los noventa y dos años. Y el día 21, en la Catedral de Zagorsk, se repitió este acto religioso.

A esta última ceremonia religiosa ha asistido, por primera vez desde hace diez siglos, un Cardenal católico: el Cardenal Willebrands, que es el Presidente del Secretariado para la Unión de los Cristianos, constituido desde que comenzó el Concilio Vaticano II.

A una, la agencia soviética de noticias Tass y este Cardenal católico han alabado al fallecido patriarca Alexis por la misma razón. Aquella lo ha calificado de «campeón convencido de la paz y de la amistad entre los pueblos» y el dirigente católico romano a su vez ha dirigido un mensaje a la iglesia ortodoxa rusa recordando con satisfacción «los esfuerzos desplegados por el patriarca Alexis para restablecer los lazos de la paz».

Su historia humano-religiosa está llena de incidencias que difícilmente podemos llegar a comprender del todo, por no haber vivido las realidades que él conoció íntimamente. Hay quien le achaca que fue un oportunista; otros dicen que actuó poco en cristiano, y no faltan quienes afirman que se vendió al régimen soviético en sus peores momentos, como fueron los de Stalin.

Pero estos juicios pensamos que están equivocados y deformados porque es juzgado Alexis por personas de una mentalidad y psicología muy distintas de la nuestra, viviendo además en circunstancias y culturas diferentes de la occidental.

El juicio más acertado, a mi modo de ver, es el del periódico católico francés «La Croix», en mi sentir más imparcial y ajustado a la realidad que el de «Le Monde» o el de «Le Figaro».

«El patriarca Alexis intentó —subraya «La Croix»— durante su larga carrera conciliar la fidelidad a la Iglesia que estaba a su cuidado, con una lealtad sin reproches respecto al poder soviético».

En 1945 fue nombrado patriarca de Moscú y de todas las Rusias, que es la más alta dignidad eclesiástica de toda la Iglesia rusa. Durante la guerra mundial había sido arzobispo metropolitano de Leningrado. Y allí vivió toda la profunda tragedia de la guerra con Alemania, actuando siempre como un patriota y como un cristiano.

Sin embargo, algunas de sus actitudes nos chocan como cuando al día siguiente de morir Stalin —su buen amigo— dijo que había sido «un dirigente reconocido por Dios».

Stalin —el agudo georgiano— comprendió, gracias a los esfuerzos de Alexis, que durante la guerra con Alemania debía respetar lo más posible el sentimiento religioso del pueblo, que no estaba totalmente apagado ni mucho menos.

Por eso permitió que muchos soldados fuesen al frente, para luchar contra las tropas nazis, exhibiendo iconos religiosos. Llegó a crear, el dictador ruso, una división blindada moderna que tituló «división San Jorge». Y, lo que es más importante, este gran enemigo de la religión, que fomentó la Liga de los Sin-Dios, publicó un Decreto —también presionado por el patriarca Alexis— retirando, durante la guerra, de todas las escuelas los libros antirreligiosos, porque la Iglesia rusa y los creyentes cristianos habían sabido vivir con la máxima valentía y entrega al llamamiento de Stalin contra Hitler.

Es cierto que si esto le valió al patriarca ruso honores como la medalla por la Defensa de Leningrado, y recibir dos veces la Orden de la Bandera Roja, también es verdad que, esta actitud de diálogo y comprensión, permitió que la religión fuese más respetada y se abrieran los Monasterios de Kief y de Zagorsk, así como la creación de diversos Institutos Teológicos y se pu-

blicase en las prensas oficiales la Revista del Patriarcado de Moscú.

Alexis firmó también numerosos manifiestos en apoyo de la política internacional de la Unión Soviética y se manifestó contrario a la intervención americana en Corea, lo mismo que contra el rearme de Alemania y las experiencias atómicas americanas.

Eclesiásticamente se le puede achacar la injusta absorción que de la Iglesia católica de Ucrania hizo, siguiendo la política staliniana, y en la cual había cinco millones de católicos de rito eslavo. Ese es, quizá, el punto más negro de su actuación.

Varias veces había sido enemigo de la política y de la actitud de Roma, y lo había dicho públicamente. Pero, después de la visita de Pablo VI al patriarca Atenágoras, en Jerusalén, se puso a favor de un diálogo entre el cristianismo ortodoxo y el catolicismo romano. Incluso durante el Concilio Vaticano II mandó dos observadores oficiales de la Iglesia rusa que colaboraron al mismo plano de igualdad que cualesquiera de los observadores protestantes que allí hubo, y que hacía años habían adoptado una postura mucho más ecuménica.

En estos últimos tiempos su actitud era tan propicia a Roma que se manifestó favorable o la intercomunió ecuarística. En el territorio ruso consiguió que el Santo Sínodo —último organismo eclesiástico jurídico de Rusia— autorizase a los cristianos católicos, o disidentes de la Iglesia oficial rusa, a recibir los sacramentos de manos de los sacerdotes ortodoxos, en caso de necesidad.

Roma agradeció esta postura de colaboración religiosa, porque en el Concilio Vaticano II se había mantenido clara y decididamente esta misma actitud de intercambio con el cristianismo oriental.

Lo curioso es que los ortodoxos griegos acogieron desfavorablemente esta comprensión y cooperación religiosa defendida por el patriarca Alexis. Los cristianos orientales del lado de acá del telón de acero se mostraron más intransigentes, contra el catolicismo, que los cristianos tras el telón de acero.

El Papa Pablo VI ha mandado además un extenso telegrama al metropolitano que sustituye al fallecido patriarca, y en él muestra su pésame por la muerte de este «venerable jefe de la Iglesia ortodoxa rusa». Y añade, el Pontífice romano, que «ha tenido la ocasión de apreciar la desprendida entrega del patriarca a su pueblo recordando en especial la contribución que aportó a las relaciones entre nuestras Iglesias».

Pero todos podemos preguntarnos: ¿quién será su sucesor? Sin duda, antes de seis meses ha de ser elegido al que sustituya al patriarca Alexis de Moscú, para ser el nuevo dirigente de la ortodoxia rusa en la U.R.S.S. y fuera de ella. Y «necesariamente será un hombre de otro tiempo, más contemporáneo de los dirigentes y del régimen soviético actual», como dice «Le Monde».

La unión entre ortodoxos y católicos no es ya una utopía, «porque los presagios son buenos», como afirma Pablo VI, y, para simbolizar este acercamiento creciente, hace poco le había mandado al patriarca Alexis el anillo pastoral de Juan XXIII.

Lo que hace falta es que, estos simbolismos de la diplomacia vaticana, se encarnen en auténticas realidades, y los católicos de otros climas no juzguemos desfavorablemente ciertas actitudes comprensivas y cooperadoras del patriarca Alexis, el cual también supo ser enérgico en el año 1960 durante el Congreso de los Defensores de la Paz, proclamando la independencia del cristianismo respecto a cualquier persecución injusta sea del signo que fuese. Porque los mayores enemigos del cristianismo no son quienes lo muestran claramente, sino los que llevando la bandera de cristianos no defienden los valores del cristianismo, sino los del egoísmo, la intolerancia o la discriminación.